

La gran entrevista

Yo soñaba que me haría famoso escribiendo y pensaba en la gran entrevista que me haría Manuel del Arco. Me resultaba una monomanía. Mi concepto de los periodistas era archiromántico. Creía que mediante la taquigrafía recogerían mis declaraciones al pie de la letra. Después comprobé que los periodistas no sabían taquigrafía y que las entrevistas al pie de la letra no existen. Más tarde, con el advenimiento de la grabadora, se evidenció la razón de los periodistas despreciando tan olímpicamente eso de la taquigrafía. También descubrí que las entrevistas al pie de lo que dices, si se realizaran, serían un coñazo, y que todo depende de la gracia que tenga el entrevistador para poner en solfa las cuatro sandeces que tú sueltas.

Algo más que comprobé es que cualquier parecido entre lo que tú hablas y lo que el otro escribe es pura coincidencia. Pese a eso nunca he reclamado, abochornado al entrevistador con aquello de "donde dice que digo, yo decía". Finalmente evidencié que hay que ver lo que mejora lo dicho por ti, un pobre diablo famoso, entrevistado por un primer espada de la intervui. Del Arco era un espada entre los espadas, y yo soñaba con mi gran entrevista hecha por él.

Cuando publiqué mi primera novela, *Hay una juventud que aguarda*, pensé que el mundo se descuajaringaría de emoción; no lo hizo, sino que permaneció impasible. Eso no obstante, tuve una sarta de críticas literarias y algunas entrevistas radiofónicas, pero Manuel del Arco no me entrevistó. Infinidad de veces, Del Arco tenía más fama que el personaje que presentaba. O sea, que él nunca se rebajaba a entrevistar cualquier cosa. Por eso yo esperaba la gran entrevista de Manuel del Arco.

Esta entrevista llegó más pronto de lo previsto, aunque, para mi afán, más tarde de lo ansiado. Yo siempre había imaginado que Del Arco me preguntaría tal cosa y yo le contestaría tal otra;

él, entonces, catacrac, y yo, catacrac. Pero las cosas nunca son como las sueñas, tanto si resultan peores –lo más seguro– como mejores –lo menos probable–; la entrevista de Manuel del Arco me llegó de pronto e inesperadamente. Había publicado mi segunda novela, *Donde la ciudad cambia su nombre*, y los habitantes de las Casas Baratas, protagonistas del libro, andaban como el Islam con Rushdie, algo más modestamente, y yo había ido a Radio Barcelona para que me entrevistaran bajo ese motivo. Su director, Manuel Tarín Iglesias, llamó a Del Arco: "Manolo, ¿tú has oído hablar del caso de ese chico –yo entonces era un chico– que ha escrito una novela y lo quieren matar? Pues lo tengo aquí conmigo". Del Arco le contestó a Tarín: "De acuerdo, Manolo, voy para ahí. Guárdamelo". Y al poco rato, Del Arco "se" me compareció. Así de sencillo resultó el milagro. Del Arco impuso sus leyes. Me entrevistaría al día siguiente. La entrevista tardaría dos días en apa-

Caricatura que va fer Del Arco per l'entrevista amb Candel publicada al febrer de 1959. El periodista es va equivocar al prendre nota del nom de l'escriptor i va sortir publicat com Fernando Candel.



"Cualquier parecido entre lo que tú hablas y lo que el otro escribe es pura coincidencia"



Caricatura de Candel feta per Del Arco per l'entrevista publicada a La Vanguardia el 1963.

“Todo depende de la gracia que tenga el entrevistador para poner en solfa las cuatro sandeces que tú sueltas”

recer. Entretanto yo no debería conceder ninguna entrevista periodística a nadie. ¿Entendido? “Entendido”, dije yo.

Aquella misma tarde hubo conatos de entrevistas por parte de *Solidaridad Nacional*, que rechacé. Estaba delante el periodista Enrique Rubio, sagaz como una ardilla. ¿Por qué no me dejaba entreviuar por Manzano? Yo, que he ido de ingenuo por la vida, y continuo yendo, contesté que porque había quedado de ese modo con Del Arco y prefería su soñada entrevista más que la de ningún otro. Así que Enrique Rubio, al día siguiente, publicó todo esto en la *Soli*. Del Arco y yo volvimos a encontrarnos en el despacho de Tarín. Del Arco, con la mosca tras la oreja, pidió que le trajeran la *Soli*. La secretaria de Tarín —Dios la bendiga— había escondido ese periódico. Del Arco sacó dinero de su bolsillo y mandó un ordenanza a buscar un ejemplar. En el entretando comenzamos el diálogo.

Manuel del Arco usaba un bloc de formato grande. Dobló unas hojas hacia atrás. Extrajo una gruesa estilográfica, la desencapuchó, y con una letra grandota escribió lentamente la primera pregunta. Contesté deprisa y embarulladamente. Del Arco me pidió calma. Y fue cogiéndome al dictado lo que yo le dije. Cada vez que me embalaba y desparramaba, me volvía a calmar y a centrarme, como el torero al toro con su capote. Cuando terminó las preguntas dijo: “Ahora el mono”. Me colocó de perfil y abocetó mi caricatura. No me la dejó ver. Era un hábil caricaturista. Sí me leyó la coletilla que colocaba al final de sus entrevistas. Tal coletilla acostumbraba a ser la condensación y la gracia de su discurso. En esto ya había llegado el ordenanza con la *Soli*. Del Arco leyó lo de Enrique Rubio. Además de contar mi aventura y reproducir la entrevista que no había querido ser entrevista, le decía a Manuel del Arco que, como comprendería, no se iban a estar mano sobre mano los del gremio esperando que él sacara el tema a relucir. Del Arco se molestó, pero la entrevista le gustaba como había quedado y a lo mejor la publicaba igual. Durante días compré *La Vanguardia*. La gran entrevista no apareció.

Posdata: Con el tiempo, Del Arco llegó a entrevistarme diversas veces para *La Vanguardia*, *Destino*, la radio... Sólo recuerdo la coletilla de la gran entrevista que no publicó. Ante mi situación a caballo de la literatura y mis quebrantadas relaciones vecinales, Del Arco me había preguntado: “¿Cómo le gustaría pasar a la historia: como un buen vecino o como un gran escritor?” Yo había contestado que como un buen vecino. Manuel del Arco apostilló: “Yo sólo he visto al gran escritor”.

Gracias, Del Arco.

FRANCESC CANDEL